

Itinerario de la Comisión Corográfica

Primer viaje

Escribe: ANDRES SORIANO LLERAS

La Comisión Corográfica inició labores de campo el 3 de enero de 1850. “Era la mañana —dice don Manuel Ancízar— y los primeros rayos del sol derramaban copiosa luz sobre Bogotá y la extensa planicie que domina al frente de la ciudad andina. Leves vapores se alzaban desde el pie de la cordillera inmediata, escalando lentamente las majestuosas cimas de Monserrate y Guadalupe, cuya sombra se proyectaba bien adelante de sus bases, contrastando la suave oscuridad de estas con la brillante iluminación de las crestas y picachos salientes de la parte superior... El resoplido de un caballo que se acercaba a medio galope, y el ruido de las grandes espuelas orejonas, chocando contra los sonoros estribos de cobre en forma de botín, característicos de la montura de estas regiones, interrumpieron mi recogimiento. Era mi compañero de viaje que se me reunía en el acto de cerrar su cartera en que, sin detener la marcha, apuntaba sus observaciones y fijaba las bases de nuestras futuras tareas”. Aquella tarde llegaron al Puente del Común, en donde pernoctaron en una mala posada, a la cual hace referencia el señor Ancízar en la siguiente forma: “En habiendo techo para los aguaceros y paredes para resguardarse del viento helado, nadie debe quejarse de la posada”, decía mi compañero filosóficamente: “los muebles y el aseo son accesorios inútiles, puesto que mientras se duerme todos los gatos son pardos”. Y agrega más adelante: “Regresé a la seudoposada y hallé a mi compañero confortablemente acostado sobre el pellón de su silla con los zamarros por almohada, y como no fueran suficientes para este oficio, les había agregado el blando aditamento del freno, entre cuyas paletas de hierro colocó la cabeza y se puso a dormir deliberadamente. Imitelo en todo, a más no poder, salvo en lo del freno, que me pareció un refinamiento superfluo y tuve la flaqueza de no poder conciliar el sueño hasta bien entrada la noche, extrañando el cuerpo el regalo de la desusada cama”.

De allí siguieron a Zipaquirá y luego a Ubaté, entrando al valle por el boquerón de Tierranegra. Pasaron luego a la laguna de Fúquene, Simijaca y Chiquinquirá. A esta última ciudad llegaron el 13 y de allí hicieron varias excursiones, entre ellas al pueblo de Caldas, luego a Buenavista y al día siguiente a Coper y a Muzo, en donde visitaron las minas de

esmeraldas. Más tarde visitaron el pueblo de Puripí, atravesaron la quebrada del Salitre, pasaron al pueblo de Canipauna y ascendieron a los vértices de Fura y Tena. También tuvieron la oportunidad de visitar otra curiosidad natural que se llamó Peñón de Quitisoque, situado también en el cantón de Chiquinquirá. Antes de regresar a esta población visitaron a Paimé y de Chiquinquirá iniciaron otra excursión hacia el norte para conocer a Saboyá y a su vecino monumento indígena de Piedrapintada y penetraron en el cantón de Vélez por el Distrito del Valle de Jesús, en cuya capital, del mismo nombre, se alojaron en la casa de don Juan Nepomuceno Téllez Malo, jefe de una numerosa familia. De allí pasaron a Puente Nacional y a la ciudad de Vélez y más tarde fueron a Flores que era el límite de la zona habitada, y luego de atravesar el río Orta penetraron en las selvas del Carare, en donde viajaron guiados por don José Landázuri, yendo primero a Cimitarra y luego al puerto del Carare. Pero debido a haberse enfermado Codazzi y Ancízar de fiebres intermitentes hubieron de regresar a Vélez, pasando primero por Bolívar. En Vélez se alojaron en la casa de don José Gooding, en donde fueron muy bien atendidos y al cabo de veinte días, ya repuestos de sus enfermedades, pudieron reanudar el viaje.

Pasando por Cite, Moniquirá, Togüí y Chitaraque, llegaron a Gám-bita, en donde se alojaron en la casa del cura Manuel Cerón. Cruzaron luego el río Porqueras y llegaron a Cunacua, después de una penosa marcha de diez horas. “Nadie nos indicaba, dice Ancízar, dónde podríamos alojarnos; preguntábamos, y los vecinos papamoscas se quedaban callados mirándonos de hito en hito. Por fin averiguamos que aunque no había alcalde en el pueblo andaba por allí el juez, en cuya solicitud proseguimos hasta en que en la plaza y cerca de la cárcel encontramos un hombre rústico y mal pergeñado, con una vara negra en las manos: era el juez. Dijímosle quiénes éramos y qué motivo nos había llevado hasta aquel rincón de la patria. El digno funcionario se balanceaba sobre una pata y sobre otra, nos miraba y se reía como un oso; imposible meterle en la maciza cabeza una idea; imposible que leyera nada, pues ignoraba el alfabeto. Por último, interpelado con la energía del hambre y del cansancio que llevábamos, suspendió la risa, rompió el silencio y nos ofreció socarronamente por alojamiento... la cárcel.

“—¿Cómo se llama este fenómeno? —pregunté a un curioso que me quedaba cerca.

“—Don Gregorio Neira —me contestó— y es la autoridad.

“—Señor autoridad —dije al amable don Gregorio— ¿tendrá usted a bien llevarnos a donde aquel vecino que desde una tienda, buena para alojarnos, nos está mirando? Parece persona decente y él acaso nos comprenderá.

“¡Oh! Es don Cayetano, muy personaje y muy notable del lugar.

“Y llegados a la casa, don Gregorio saludó a don Cayetano y reasumió su risita de marras sin añadir palabra. Signifiqué al nuevo interlo-

cutor nuestra necesidad, el objeto del viaje, lo que nos sucedía y la voluntad en que estábamos de pagar cuanto pidiese por alojarnos durante la noche y proporcionarnos cualquier alimento.

“Silencio sepulcral de parte de don Cayetano, insensible como una roca a mis plegarias y ofertas. Ninguna mediación de parte del juez.

“En este punto, perdida toda esperanza, díme por vencido ante la inhospitalaria inercia de aquellas gentes, y declararé a mi compañero rotas las negociaciones.

“—Voy a convencerlos —dijo— y desmontándose y desensillando, en un pestañear se abrió paso por entre la autoridad y el notable, entró en el cuarto y se proclamó instalado y alojado por derecho de conquista. Apoyelo, haciendo irrupción con asistentes, instrumentos y petacas, y me senté a examinar una mesa de pino que nada tenía que examinar. El juez desapareció, don Cayetano gruñó y evacuó la plaza, la familia se alborotó y comenzó a cerrar de firme todas las puertas de comunicación, poniéndonos en riguroso bloqueo, con negativa no solo de alimento sino hasta del agua y del fuego, a usanza de los antiguos romanos cuando querían descartarse de algún ciudadano estorboso. En resolución habríamos carecido de todo, absolutamente de todo, a no ser por el cura, presbítero Félix Meléndez, que nos amparó y favoreció, en términos de poder seguir marcha al día siguiente... En cuanto al juez Neira, no se crea que es un tipo excepcional; iguales a él, poco más o menos, en inteligencia y respetabilidad, son casi todos los jueces y alcaldes de distrito”.

Pasando por Oiba la comisión se dirigió al Socorro, a donde llegó el 5 de febrero; allí fueron muy bien recibidos por el gobernador interino de la provincia, señor Ramón Mateus. Cruzaron el río Suárez y visitaron el pueblo de Simacota y luego atravesando el río San Gil por el paso de Sardinias, se dirigieron hacia Barichara. Pasando por Guane fueron más tarde a Zapatoca y Betulia. Retrocedieron hacia el sur por la margen izquierda del Saravita para visitar nuevamente a Zapatoca y el Socorro, población esta última en la que estaban el 5 de mayo; todavía marchando hacia el sur fueron a Confines y Charalá. En esta población se alojaron en la casa del cura Tello y les tocó presenciar la importante fiesta de San Isidro Labrador, patrono de los agricultores.

Codazzi fijó la posición de la desembocadura del río Chicamocha en el Suárez como punto muy importante en la topografía de la región y después midió la hoya del río desde Charalá hasta San Gil.

Más tarde la comisión visitó a Mogotes, Petaquero y Onzaga. Para la semana de Corpus llegaron a Soatá y fue en sus cercanías en donde primero encontraron, dice Ancízar, fósiles de mastodonte “soterrados bajo un lecho calizo de acarreo, del cual se encuentran abundantes depósitos en las cuencas formadas por los innumerables estribos y colinas que dan un relieve sumamente desigual al territorio. Estos huesos llevan señales de haber sido rodados y rotos por corrientes y remolinos de aguas poderosas, en términos que apenas las grandes muelas se hallan enteras, gracias a la resistencia metálica de su esmalte”.

De Soatá siguieron al páramo y al pueblo de Cocuy, sitio en donde no había siquiera una mala posada, "pues estando reducida la concurrencia de forasteros a los tratantes en frutos, ellos encuentran albergue en las chicherías o en casas de sus compadres, y relacionados. Las casas donde acudimos a pedir alojamiento, incluso la del jefe político, nos cerraron sus puertas, de lo cual casi nos alegrábamos, porque el desaseo interior era imponderable y de antemano quitaba el apetito y el sueño. Sin embargo, forzosamente habíamos de detenernos allí para recoger datos y hacer observaciones, y en consecuencia resolvimos hacer uso de una carta de recomendación que en Soatá nos dio el bondadoso señor Calderón para el señor Ruiz, quien nos recibió con tal franqueza y cordialidad, que olvidamos al punto los desagradados anteriores... Además del trato amistoso que le merecimos, nos favoreció con noticias y diligencias que facilitaron la ejecución de los trabajos que llevábamos entre manos, y él supo apreciar infinitamente mejor que las autoridades de la provincia, de quienes si recibimos algún auxilio rogado era dado con tibieza que rayaba en mala gana..." (Ancízar).

Del Cocuy la comisión fue a Chiscas el 6 de julio, pasando por Panqueba y Espino. En Chiscas encontraron al coronel Toscano, héroe de la independencia, quien los alojó en su casa y les dio valiosos informes sobre la ganadería y la agricultura de la región.

De Chiscas regresaron al Cocuy con el objeto de pasar a Güicán y explorar el nevado, pero como las bestias que llevaban estaban muy fatigadas hubieron de contratar otras. Asimismo contrataron un guía, que lo fue el señor Juan Quintero, gran conocedor de la región y quien les prestó valiosos servicios. Pasaron el alto de la Vega y de allí bajaron al río Cueva para subir luego a Güicán. Luego de haber escalado el nevado y de haber medido su altura, lo que les dio la cifra de 4.783 metros, bajaron a Llanorredondo y regresaron a Güicán. De ahí salieron hacia Lagunaverde, situada en la confluencia de las serranías de Richíniga, Escobal y Pantanogrande, a 3.650 metros de altura.

En julio regresaron a Soatá y de allí marcharon a Susacón, pasando por Sativanorte, Sativasur, el Alto del Mortiñal y La Paz. Luego fueron a Santa Rosa de Viterbo en donde pudieron ver el aerolito que había sido estudiado años antes por Boussingault y Rivero. Después fueron a Paipa y de allí visitaron el campo de la batalla del Pantano de Vargas, acompañados por el señor La Rotta, que había sido testigo presencial del hecho. Fueron a la hacienda del Salitre y de allí al Alto de Tibasosa y a Sogamoso. Hicieron una visita al antiguo pueblo de Monguít, regresaron a Sogamoso y pasaron a la piedra de Gámeza, que tiene numerosas inscripciones indígenas. Siguieron a Iza, en donde se les recibió en forma muy acogedora y siguiendo el camino del sureste pasaron por la pequeña población de Cúitiva y después por Pueblo Viejo, a orillas de la laguna de Tota. Visitaron el pueblo de este nombre y la población de Pesca en donde se alojaron en la casa del presbítero Parra. De allí marcharon a Tunja y a la Villa de Leiva. En esta última población los acogió en su casa con toda cordialidad don Camilo Rivadeneira, quien les suministró la ayuda necesaria para el mejor desempeño de sus labores. Pasaron al

pequeño pueblo de Quebradas, situado cerca de las minas de cobre, cuyo visitador, don Bernabé Villafrade, los rodeó de toda clase de atenciones y les mostró la manera como se hacía la explotación de las minas. Siguieron a Guatoque, Moniquirá, y el Valle del Infiernito, muy rico en ruinas indígenas. Visitaron los pueblos de Sutamarchán, Ráquira y el Desierto de la Candelaria; el campo donde se dio la batalla de Boyacá, así como el pueblo del mismo nombre, en donde les dio alojamiento el párroco Francisco Gutiérrez. Luego en Ramiriquí los recibió en su casa don Tomás Márquez. Pasaron a Chinavita en donde los hospedó don Camilo Gutiérrez; en Sutatenza, que visitaron en seguida, les dio alojamiento el párroco Ismael Quintero; allí les tocó presenciar la importante fiesta del patrono del pueblo. Y luego se dirigieron a Guateque, de donde siguieron para Bogotá.

Como resultado de todos estos recorridos elaboraron una serie de informes, el primero de los cuales fue fechado el 18 de marzo y era relativo a la Provincia de Vélez e iba acompañado de un mapa de la región. En él se indicaba la importancia de construir un nuevo camino entre Vélez y Puerto Carare y se indicaba la ruta que debería seguirse.

En agosto la comisión regresó a Bogotá para dedicarse a la ordenación y el estudio del material obtenido en este primer viaje, así como para prepararse para el segundo.